

cional resulta ser el empeño cristalizado en el libro; pues si «algunos» han sufrido reveses mayores que los soportados por Laín, y otros, sufriendolos en mayor o menor grado según los casos, han evolucionado sinceramente desde su totalitarismo juvenil hacia posiciones liberales honestamente asumidas, apenas pueden señalarse más ejemplos concluyentes de rectificación en regla que los de Ridruejo y Laín. Con todo el bagaje necesario de razones y aclaraciones, sólo ellos dos han osado proferir el rotundo «me equivoqué» que tanto honra a ambos. Y en cuanto al *mea culpa* prodigado por Pedro en éstas y en otras páginas, notemos que resulta, quizá, aún más corajudo —por más conturbado— en *Descargo...* que en los escritos de su amigo Dionisio.

Conturbado porque, si no llega a ser una confesión de intimidades, se halla más cerca de ella que del mero libro de memorias. Recordemos las palabras del prólogo en que el autor declara su más turbadora intención:

... mostrar por mi parte —alguno lo hizo antes— que en nuestro país, tan socialmente dominado por el hábito de confundir la dignidad con el monolitismo, aquélla, sin la menor mengua de su fortaleza, es perfectamente compatible con un leal ejercicio de la palinodia.

Este es el objetivo. Mas, en virtud misma de su decisión de lograrlo a fondo, convertirá su rectificación en una palinodia turbada y turbadora para sí propio. Con el fin de salvar sin mengua la fortaleza de la dignidad, habrán de recordarse y deplorarse las ocasiones en que, más que fortaleza, hubo relativa debilidad. Pero relatar anteriores debilidades es justamente lo que confiere al libro su fortaleza. Y al publicarlo se acredita, no sólo la dignidad *actual* de Laín, sino la base incommovible de dignidad que le sostuvo durante su vida entera, incluso en esos momentos de flaqueza que todos tenemos.

Atenido al dictado de su dignidad y para ejercer plenamente en *Descargo...* su palinodia, Laín venía ya adelantándola, aquí y allá, desde mucho tiempo atrás. Y es que, a solas consigo mismo, nunca había podido tomar a la ligera, sino muy en serio, *la empresa de ser hombre*. Este empeño dio título en 1958 a uno de sus libros, pero le había llevado antes a prestar ayuda a perseguidos, a defender la necesidad de seguir contando con nuestros mejores escritores y pensadores contra su condena por la ideología imperante, a romper en 1956, ya se ha dicho, con el Partido oficial... Y en ese mismo año estampará, en la *Revista de Occidente*, el contrito *mea culpa* tantas veces reiterado después en *Descargo...* No comienza, pues, en este libro la palinodia; más bien —por el momento— en él culmina.

Hay unos párrafos en *La empresa de ser hombre* que iluminan bien lo que sucede en el interior de quien se proponga, aun cuando sea a costa de embarazosas confesiones, alcanzar verdadera humanidad:

«Ultra», todos lo saben, vale tanto como más allá; «trans», por su parte, significa «a través de». Pues bien: el hombre es el ente cuya permanente operación consiste en existir a ultranza a través del mundo y del tiempo; más allá y a través de. La última parte de este libro —«Hombre solo»— declara algo del personal modo con que yo me siento vocado en la ejecución de esa secreta «ultranza» que es la empresa de existir humanamente.

La vocación de ir siempre más allá en la empresa de ser hombre no podía disiparse en el libro así titulado ni en ningún otro de los de su autor. Y tenía que llegar por fuerza a *Descargo...*, no como fin del empeño sino como persistencia en el mismo.

Es ante ese espejo del libro, hecho de mundo y tiempo, como Laín podrá seguir persiguiendo la «ultranza» de su hombría.

Conviene remachar algo ya apuntado al paso: esta obra, no obstante su carácter de acongojada palinodia, no es una enfermiza revelación de intimidades. Se abstiene de exhibir las singularidades y mezquindades de la vida privada según el estilo de ciertas «Confesiones» famosas. Lo que al autor aquejaba era la obligación de asumir públicamente *responsabilidades* mediante el reconocimiento de sus insuficiencias políticas y cívicas. No pretende descubrir individuales miserias, sino confesarnos sus remordimientos de orden social. Si el fardo que descarga es personal, es también el de muchos otros españoles, y de ahí, la ejemplaridad de descargarlo ante todos nosotros. Alguna que otra vez asoman personales amarguras en las páginas del libro, pero no se ostentan. Tampoco se insiste en un recuento de agravios ni se da suelta al encono por haberlos recibido. Si algunas espinas se saca cuando la vejación pasó de la raya, aun eso lo hace con mesura. Su tono es siempre recatado; la descripción de ajenos errores, ponderada y discreta. Un libro de sincera autoacusación no debe excederse en la acusación a otros.

¿Por qué hay personas necesitadas de descargar pesos que les agobian moralmente, antes de clamar por los ajenos fardos? ¿Por qué algunos —¡cuán pocos!— terminan por escribir libros como éste, empujados por el dinamismo de esa «secreta ultranza» que es existir humanamente? La palabra está muy gastada, pero sigue siendo insustituible y Laín no pudo prescindir de ella en su título. Esas personas tienen *conciencia*, y no, ciertamente, al modo desmayado y fluctuante que caracteriza a la mayoría de las conciencias individuales.

Padecer —pues es un padecimiento— la posesión de una conciencia exigente, es natural que haga sobremanera ardua la realización de un libro como *Descargo...* Hay que mirarse y remirarse en el espejo de las cuartillas escritas, desempañarlo tenazmente y procurar además un sostenido logro literario; pues, sin el artificio de dosificar revelaciones y recuerdos mediante un calculado manejo del idioma, tampoco es, paradójicamente, comunicable la sinceridad. En esa difícil pugna acechan al escritor, por un lado, las sinuosas trampas del lenguaje; por el otro, el duro trabajo de percibir los rasgos verdaderos en el hipotético espejo donde se observa. Pues nadie se conoce a sí mismo con entera transparencia, y Laín no lo ignora cuando dice:

... mi yo actual, sobre el que simultánea y secretamente están operando una voluntad de autojustificación, porque humana es la pretensión de salvarse a sí mismo, y una exigencia de autocensura, porque también es humana la posesión de un fondo insobornable en el seno de la intimidad propia.

De nuevo, la «ultranza», bajo cuyo mandato se ha ido escribiendo la obra. Que el «fondo insobornable» salió airoso en sus páginas de la lucha con el prurito de autojustificarse, es evidente para quien la lea sin aquella obstinación en «contraleer» de que habló Ortega. Únicamente Laín sabrá el esfuerzo que le habrá costado este libro; esfuerzo de expresión y de autoanálisis. Aunque desconozca la intensidad con que ello acontece, el lector advierte que el texto forcejea consigo mismo. Los pasajes titulados «epicrisis» procuran, incluso si lo más grave se ha dicho, sajar algo más con el escalpelo de quien, por ser médico, así los llama. A veces estas «epicrisis» adoptan tonos justificativos que siempre tendrían, según el mismo autor nos ha avisado, humana razón de ser;

tales justificaciones no traicionan, sin embargo, la resuelta decisión de ser veraz. Y ello es más que bastante, pues nadie puede precisar —ni escribir— toda la verdad, si es que cabe afirmar que haya, en la oscura sima de la mente, verdades definitivas. Laín lo sabe bien:

... lo más íntimo de los sentires humanos, eso que acerca de cada uno sólo Dios sabe de veras, no puede ser íntegramente vertido en los toscos y tópicos odres sonoros que llamamos palabras...

Tal imposibilidad no será, para el «contralector», sino una excusa. Y con media sonrisa irónica, acaso asevere ante libros como éste: «el autor no lo ha dicho todo». ¡Claro que no! A la ultimidad de sus sentires, que ni siquiera él conoce de veras, nunca habría podido llegar. Pero si se presumen silencios acerca de incidentes demasiado penosos de los que sí tenga el autor cabal recuerdo, hay que decir que sólo él puede saber si los hubo o no, y que, si los hubo, nosotros no tenemos el derecho de preguntarle por ellos. (Yo me atreví a formularle una pregunta de ese tipo, de la que pronto hablaré; no debí hacerla.) Si ha dicho lo principal, un libro de tan fecundas conclusiones no está obligado a decirlo todo. Y es el propio autor quien aludió, en anterior escrito, a la imposibilidad de ciertas confesiones completas. En el prólogo a su obra de teatro *Entre nosotros*, publicada quizá cuando *Descargo...* se estaba elaborando, nos dice, y se dice a sí mismo:

La benevolencia y la beneficencia son, diría un matemático, condiciones necesarias de la amistad: la confianza —que nunca puede ser total, que siempre debe ser parcial— es su condición suficiente.

Como la enorme confianza que es, *Descargo...* no tiene el deber de incluir cuanto en el pasado pudiera apesadar el ánimo de su autor. Si revela las más aleccionadoras tribulaciones, el libro alcanzará condición más que suficiente para *beneficiarnos* y obtener nuestra amistosa *benevolencia*. A sabiendas de que le acarrearía suspicacias y enemistades, su autor requería, con esperanza, amistades verdaderas al escribirlo. En *La empresa de ser hombre* había dicho ya:

«Hablando se entiende la gente» solemos decir los españoles con doble acierto; porque hablando entiende un hombre a otro hombre y a la vez se entiende a sí mismo. Aunque esa manera de entender al otro y de entenderse a sí mismo puede ser llamada «malentendimiento» en tantas ocasiones.

Dieciocho años antes de *Descargo...* Laín advertía, pues, los pros y los contras de cualquier confianza hecha con intención amistosa en aras de nuestra mutua humanización; ninguna sorpresa le habrá causado que este libro haya sido malentendido por algunos, y no poca alegría comprobar la buena voluntad de muchos otros que le habrá deparado.

Es posible, sin embargo, que entre estos últimos se hallen personas para las que el sentido y el mérito de *Descargo...* estribe esencialmente en su humana repulsa de todo crimen: lectores que, pese a no pocas páginas muy claras, *deseen* atribuir al libro la implícita condena *de toda política a la que el crimen macule*, lo que equivale a condenar toda política. Y es a estas personas, más aún que a los suspicaces, a quienes me gustaría hacer reflexionar acerca del hondo problema, ya apuntado, que en *Descargo...* se plantea.